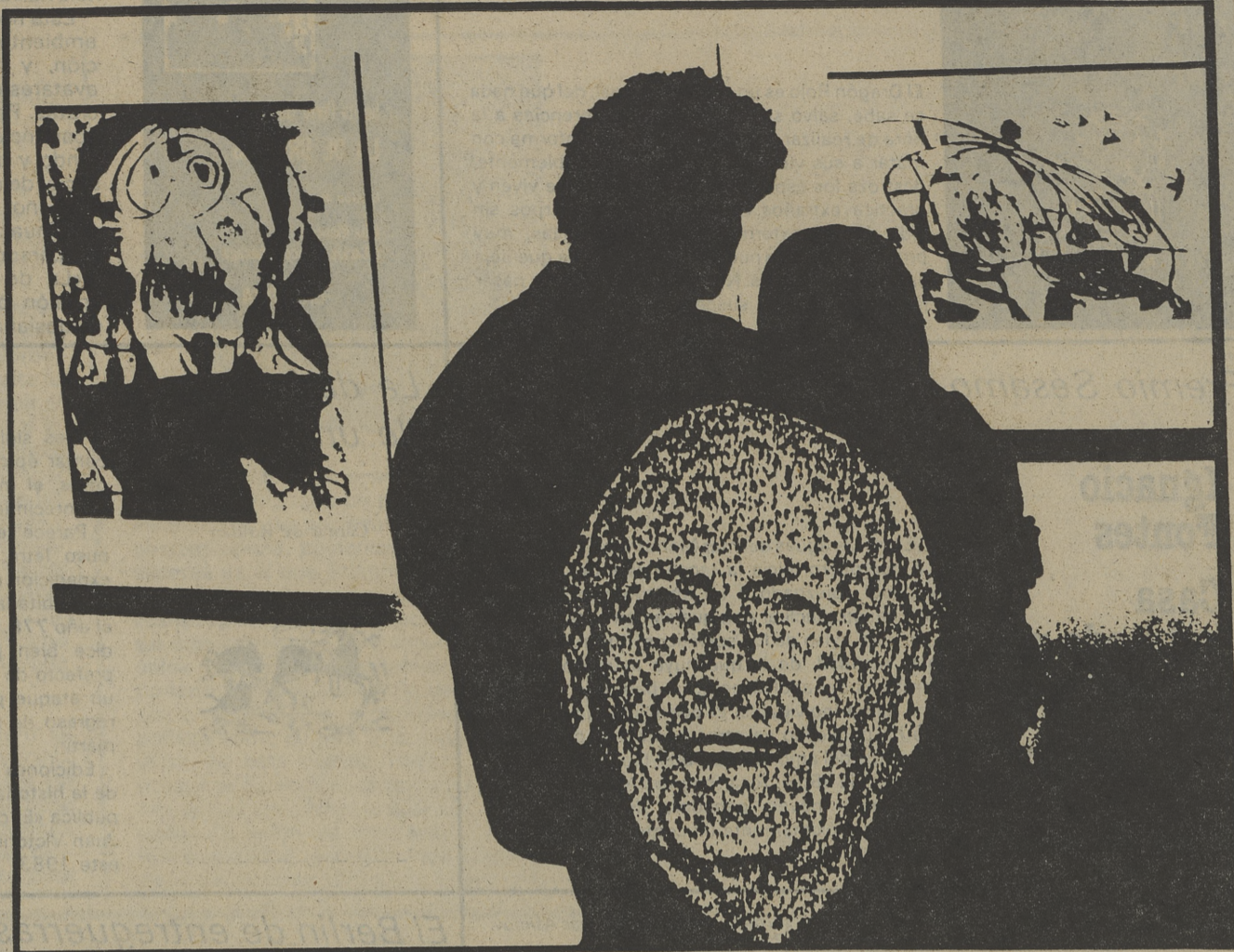




Coordina:
Eduardo G. RICO

Miró

Charlamos con él en Madrid cuando estaba escondido —¿cómo olvidarlo?— en la timidez de su breve estatura, mientras exponía en la Fundación March uno de los máximos representantes de su generación. Generación... un modo de hablar, se nos dirá. Los criterios biológicos no rigen ni determinan las condiciones de la persona. Mucho menos, y más en concreto, la comparación de la obra de un compañero con la suya, ni tampoco verla con contraste. Pero Joan Miró parecía feliz viéndose con otros, cotejando a los jóvenes, reivindicando viejos valores, seguramente caducados. Cómo le



gustaba sentirse situado allí donde el corazón de Catalunya acentúa sus latidos. El segundo principio de la termodinámica se va desarrollando sin que una sola arena del comienzo lo detenga. Y acaba con todo: con lo creado o no creado —materia de fe— y con lo creado de verdad, cualquiera de las irrepetibles combinaciones de color del gran maestro nunca justamente reconocido en su casa. De él nos quedan esos mundos que revelan absurdos sobre paisajes no definidos. Y también aquel aire entre modesto y despistado que nos lo hurtaba en pleno diálogo. EDUARDO GARCIA RICO

La invención de los novísimos pensadores

Postmodernidad o postgonía

A. SABUGO ABRIL

El pensamiento último es la postgonía, que es el desarraigo en el cosmos, la soledad con billete de vuelta, desencanto, limitación. Los nuevos filósofos eran optimistas con la alegría del orujo imaginativo, abalorios y juegos metafóricos que enmascaraban al gusano de la inteligencia. Los novísimos pensadores nos devuelven a la nadería al no-ismo, a la desesperación frente al muro de la racionalidad.

La modernidad es la negación de la modernidad. Retro-ceder al principio, elevar a axioma el lugar común de «nada hay nuevo bajo el sol». Volver a la ilusión de las vanguardias, que perdieron la gran guerra huyendo de la razón, en busca de la novedad perdida. La modernidad es el olvido, el cambio. (Ayer no fue; mañana, no existe.) El futuro, como presente consumido, perdido en la ebriedad.

El saber, por una parte, parece no tener límites: «Sólo sé lo que no sabré mañana.» Esta apertura al vacío de la necedad, crea la amargura, el desasosiego, la razón a la deriva, la alienación de una metafísica, que siempre está más allá, inaprensible, vacía y hermosa como la misma luna llena. No es extraño que los novísimos pensadores se declaren lunáticos, entre poetas que persiguen al astro fugitivo (becquerianos, mira por dónde) y astrólogos en busca de la «nonda» universal, la unidad de angustia que no explica el futuro.

El saber, por otra parte, nos devuelve al principio elemental e irónico, al perspectivismo de una inteli-

gencia crítica: «Sólo sé que no sé nada.» Es la contradicción, el chiste. La ilusión de saber hacer reír. Ya lo pensaba Sócrates; también Unamuno y Bergamín. Pensar es bufonizar. (El bufón tiene esa seguridad de hacer reír porque antes se ha reído de sí mismo. Es una metáfora de sus palabras, piraeta lírica-risible. Y, sin embargo, cuando termina el número de su discurso-parodia, el bufón cae espantado ante el regocijo del público que aplaude las paradojas. Aplaudiendo, el hombre colectivo —es sólo palmas o pitos— se olvida de sí, de su no-idad, ante el espectáculo del otro.)

La modernidad es una quimera, una yegua blanca imaginaria. O un invento mecánico como esos potros varados en las puertas de los grandes almacenes que siempre cabalgan hacia el mismo sitio. Sólo los niños saben hacia dónde van y los locos, aunque sean poetas o filósofos. Los «post», no quieren montar en el caballo mágico, ni siquiera subirse en el humilde burro de alguna prebenda ocasional, para seguir muriendo. No quieren jugar. Han visto a poetas de

marketing, a ejecutivos de metáfora que jugaban a los marcianitos matando a las palabras, ejecutándolas en la silla eléctrica de las computadoras.) La técnica última no es precisamente su modernidad. Los «post» no creen en la invención de mañana. Desesperan con una mueca de experiencia ficticia sobre la cara de niños. Su máscara es su mismo rostro de arrugas pintadas.

El saber está en no saber nada, ignorar la historia como memoria indeseable. (La historia demuestra cómo el hombre se elevó desde la feliz animalidad a la misma copa de la estupidez.) Además la historia, como la propia vida, no se puede enmendar. Ninguna guerra pasa dos veces por los mismos hombres. Los muertos no guiñan sus ojos a los vivos para prevenir la catástrofe. La dialéctica del

miedo suplanta a la dialéctica de la historia. La humanidad no se abre a nuevas perspectivas; se cierra en la falacia nuclear, que invalida el pasado y cierra el futuro. Ante la destrucción demencial, el terror con mandos a distancia, ¿qué modernidad es posible? Lo «post» viene a desmitificar la alegría de la historia, la esperanza del pretérito. Es la vieja filosofía del desencanto, pero que niega el placer sin haberlo vivido. Porque no se puede ir con la ilusión a ninguna parte. Si se va, ya se está alienado «ido»; y el que va, no vuelve. No hay un posible retorno: lo demuestran las guerras, las drogas, la locura.

La postmodernidad es el final de la autopista. Más allá está la niebla, el vacío, la desolación o el mar. Los novísimos pensadores han creído llegar al final de todo, cuando la utopía y el

sueño ya no es posible. Caen en la contradicción. Ignoran la historia, pero vuelven atrás en busca del tiempo perdido desde la gran guerra de 1914, la primera que se llamó mundial, aunque el mundo sigue existiendo. Las vanguardias hipertrofiaron la modernidad y se convirtió en moda de unos años, arrasada luego por los desastres de la guerra. Pero la modernidad es cambio, inquietud. La postmodernidad es la paradoja, como esa «Luna de Madrid», luna que existe y no existe, menguante, creciente, llena, vacía. Veamos algunos ejemplos: Javier Sádaba escribe sobre «la descaotización del caos» (antítesis y paradoja): «El mundo postmoderno se nos aparece como un mundo desmoronado. Algo que era sólido, castillos con muchas puertas y ventanas, se ha convertido en pantanos o laberintos.» Han sonado las trompetas de los postmodernos y los rascacielos de Manhattan se han caído como torres de naipes y neón. Y la estatua de la Libertad llora, con su antorcha apagada.

Eduardo Haro Ibars escribe —dialoga (¿con quién?)—: «No sigas, no sigas; nos han convencido: evidentemente, la ley es creadora de desorden. Y el Caos no es desorden, sino creación perpetua.» Otra vez se nos remite al caos como principio creador. Hesíodo, aedo de los postmodernos, creo que regalará su trípode (el premio poético de aquellos

siglos) a la revista «Luna de Madrid», porque otra vez habrá que leerse la «Teogonía» y los «Trabajos y los días». Volveremos al altar del poderoso «Cronión» y subiremos al «Helicón». (Siempre es bueno volver a Grecia sin pasar por los ultrajes de la otra historia.)

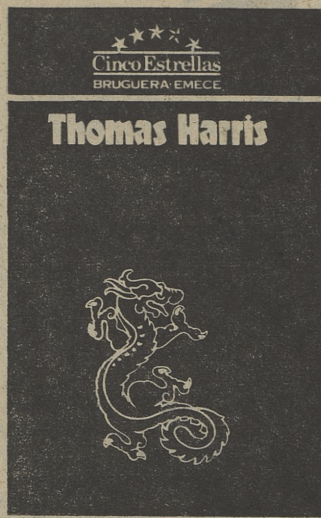
Se niega la historicidad; pero se salva Grecia, la primigenia Europa. Todo lo demás es imitación, incluso la Alemania de la edad de oro, pasada luego por los sables. Pero Grecia ¿existe? ¿O es una invención? A los postmodernos les queda la nostalgia, el placer de la evocación. Aunque Savater advierte a los «lunáticos» del peligro de todo tipo de hedonismo y aconseja la búsqueda del renunciamiento y del ayuno: «¿Cómo comparar la voluptuosidad sublime del ayuno con el grosero estremecimiento de cualquier condimento?» Savater confiesa que está a régimen y envidia «las secretas orgías de los padres del desierto», anacoretas y estilistas, que en su renunciamiento encontraban las delicias que no estaban en el jardín de Epicuro. (¿Quién lo diría?) Pero Savater todavía es nuevo filósofo, en páginas de ida y vuelta, se ríe de su escritura. Los postmodernos no tienen la catarsis de la risa. Cuando están entristecidos mandan todo al caos, a ver si allí se organiza. Pero el mismo Hesíodo, que sigue apacentando las ovejas al pie del Helicón, se ríe, mientras toca su cítara.



LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Sadismo y crimen

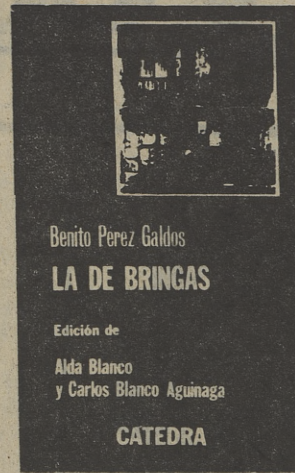
«El dragón rojo», de Thomas Harris. Ed. Bruquera-Emecé



El Dragón Rojo es un sádico criminal, del que nada se sabe, salvo sus particulares preferencias a la hora de realizar sus trabajos. No se conforma con matar a sus víctimas. Las mutila horriblemente, destroza los espejos de las casas en que viven y practica extraños rituales con sus cuerpos sin vida. Ya ha exterminado a dos familias, muy pronto atacará de nuevo. La única huella que deja es la de sus dientes. Novela, por tanto, para pasar las Navidades con suspense.

Galdós, sin necesidad del televisor

«La de Bringas», de Benito Pérez Galdós. Ediciones Catedra.



«La de Bringas» forma parte de las mejores novelas de Benito Pérez Galdós, perteneciendo a ese grupo que él mismo definió como novelas contemporáneas, y cuya culminación fue «Fortunata y Jacinta», desgraciadamente más conocida por sus imágenes televisivas que por sus ediciones literarias. Esta novela que nos presenta Catedra está ambientada en los momentos de Restauración, y nos la describe a través de los avatares de una familia modesta y de burócratas. Pero no es solamente una novela de apariencias, sino un vehículo para conocer a fondo y detenidamente el comportamiento social de quienes vivieron aquella época. No en vano podría decirse que es la posible continuación de «Tormento», ya que, incluso, los personajes surgen de la anterior novela. «La de Bringas» puede ser una buena ocasión para conocer, de verdad, la obra galdosiana.

Premio Sésamo 83

«Casa habitada por murciélagos», de Ignacio Fontes. Ed. Debate Literatura

Ignacio Fontes

Casa habitada por murciélagos

PREMIO SÉSAMO/83

Debate Literatura

Entre las aguas del mar Menor y del mar Mayor, un guerrillero inicia la reconquista del territorio español sojuzgado a un imperio occidental. El holocausto nuclear con que se combate la rebelión, para aviso de los soviéticos, retorna al héroe a la realidad, de la que huye ayudado por las fantasías del adolescente: un barco de piratas y una dama inolvidable. El periodista Ignacio Fontes ha publicado ya otras dos obras de ficción: «Cuentos del amor a la lumbre» (La Gaya Ciencia) y la novela «Rojo, rosa, negro» (Akal). Sobre la novela ganadora del Sésamo 83 haremos próximamente un comentario más amplio.

La desventura de un tal Roldán

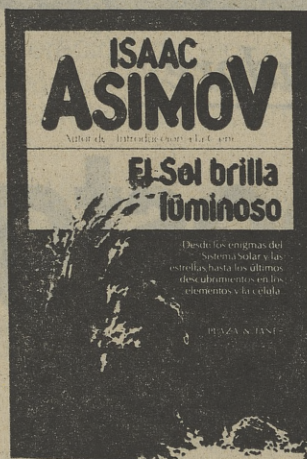
«El cantar de Roldán», Ediciones Catedra.



Tres siglos de diferencia existen entre este cantar épico, sin duda alguna y menoscabo de otros, el más famoso de la Edad Media, y los acontecimientos que el romance cuenta. Parece ser que fue Turoldo de Femcamp quien puso letra al desastre con que terminó una expedición de Carlomagno en la península Ibérica, habitada entonces por musulmanes, allá por el año 778. Un tal Roldán, del que la historia nos dice bien poco, pero del que sabemos era prefecto de la marca de Bretaña, fue víctima de un ataque por la retaguardia en el camino de regreso de la expedición, convirtiéndose en un mártir. Ediciones Catedra, cuya labor de recopilación de la historia literaria señalamos en esta página, publica «El cantar de Roldán» en una edición de Juan Víctor, que puede servir de colofón para este 1983.

Asimov otra vez

«El sol brilla luminoso», de Isaac Asimov. Ed. Plaza y Janés



El prolífico autor de «Introducción a la ciencia» parece haber asumido que «la ciencia con insistencia entra». Presenta en este nuevo libro una serie de artículos publicados en varias revistas y actualizados por el autor, que nos entretiene y educa con temas tales como «la enana blanca, compañera de Sirio, clonarse o no clonarse, el metal más noble, la más notable arma secreta de la historia, los campos magnéticos del sol, etc.». Asimov es uno de los más importantes divulgadores científicos de la actualidad. Una de sus obras, «Introducción a la ciencia», es considerada como un clásico de la divulgación científica. Es también autor de novelas de ciencia-ficción, destacando «Fundación e imperio».

El Berlín de entreguerras visto por un americano

«Una princesa en Berlín», de Arthur R. G. Solmssen. Tusquets Editores.



A través del joven Peter Ellis, un americano con vocación de pintor bohemio víctima del trauma de la primera guerra mundial, Solmssen nos dibuja con una narración sencilla el Berlín de entreguerras, mostrándonos sus diferentes ambientes y recreándose en las situaciones y contradicciones que dieron lugar al triunfo del nazismo y el posterior holocausto bélico. Este personaje principal, que habita el mundo de los grandes banqueros y la aristocracia germánica, combinándolo con la atracción que siente por los reducidos de artistas e intelectuales, bohemios, en su mayoría izquierdistas que viven en los barrios bajos, asiste a la decadencia alemana, fomentada por los tratados de paz, que puso en manos de los jovencitos fanáticos y militaristas los sentimientos de esperanza de un pueblo arruinado, atormentado y avergonzado.

De paleografía

«Tratado de paleografía española», de Agustín Millares Carlo. Ed. Espasa Calpe



Agustín Millares fue catedrático de paleografía en las Universidades de Granada y Madrid, destacando como uno de los más importantes paleógrafos españoles. La guerra civil le apartó de sus cátedras por tener que exiliarse a Méjico, donde continuaría con su prolífica actividad. En el 52 puede volver por primera vez a España, pero no son atendidas sus peticiones para reintegrarse a su cátedra madrileña, sino pocos meses antes de cumplir los setenta años (1963). Murió en 1980 en Las Palmas de Gran Canaria. Este tratado es una de las obras de paleografía hispana más importantes publicada en todos los tiempos.

Nuestra guerra en testimonios

«La guerra apasionada», de Peter Wyden. Ed. Martínez Roca, S. A.



Peter Wyden, periodista y escritor berlinés afincado en los Estados Unidos desde su infancia, nos devuelve en su libro «La guerra apasionada» a los tres años de la contienda civil española. Presentado como un libro «insólito» y «distinto», recorre el perfil de nuestra guerra, novelándola en ocasiones y consiguiendo una imagen casi cinematográfica de ésta. Wyden ha realizado una labor exhaustiva de investigación, tanto en los archivos de la historia como en las memorias de quienes vivieron la guerra; así se suceden por las páginas del libro personajes como Negrín, la Pasionaria, Orwell o Hemingway, y quienes anónimamente recuerdan escenas y anécdotas que el autor ha comprobado y corroborado personalmente. «La guerra apasionada» es una propuesta distinta para quienes quieren leer sobre los acontecimientos que comenzaron en julio del 36.

«Kus Kus cantábrico»

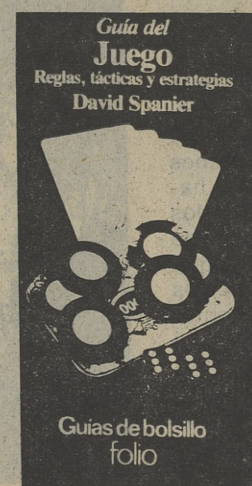
«El héroe de las mansardas de Mansard», de Alvaro Pombo. Ed. Anagrama.



Esta magnífica novela se sitúa en la posguerra española. Es la historia de Kus Kus, un niño de la alta burguesía del Norte, que se inserta peligrosamente en el mundo de los adultos; de su extravagante tía Eulalia; de Julián, un criado con «pasado», etc. Esta novela obtuvo por unanimidad el primer premio Heralde de novela. Alvaro Pombo ha publicado ya tres libros de poesía («Protocolos», «Variaciones» y «Hacia una constitución poética del año en curso») y dos obras narrativas («Relatos sobre la falta de sustancia» y «El parecido»).

Gastarse los cuartos con el azar

«Guía del juego», de David Spanier. Guías de bolsillo Folio.



David Spanier, como buen conocedor de los secretos de la diplomacia —es corresponsal diplomático de «The Times»—, nos presenta un libro que desvela los misterios del mundo de los juegos de azar, tan desconocidos todavía en nuestro país. ¿Cómo y dónde colocar una ficha en la ruleta francesa? ¿cuándo pedir una carta en el «black jack»? Las respuestas a estas y otras preguntas le permitirán presentarse sin necesidad de pasar vergüenza en cualquier casino, con la única condición de ser cortés y vestir con «americana». Busque, indague, aprenda y sobre todo apueste. Este libro le ayudará. Busque también la clave para aprender a retirarse. Y no la olvide.

Jean Baudrillard:

El sociólogo del post-capitalismo

ROSA MARIA RODRIGUEZ

«Les stratégies fatales» es el último libro de Jean Baudrillard, publicado en ed. Grasset. París, 1983. Se han traducido al castellano buena parte de sus obras anteriores como son: «A la sombra de la mayoría silenciosa», «El espejo de la producción», «El intercambio simbólico y la muerte», «De la seducción»...

Curiosamente el famoso 23-F anda ya por Valencia y a la sazón acababa de leer el libro «Cultura y simulacro», de Baudrillard, en dicho texto se repite la tesis, clásica ya en este autor, de que el Poder realmente es un simulacro y si lo retáramos a cumplirse hasta sus últimas consecuencias lo veríamos desaparecer en su mentira e impotencia. Mientras los carros de combate pasaban por la calle y la radio repetía el toque de queda, sospeché con horror que seguramente Tejero no había leído a Baudrillard, que no sabía que el poder realmente no existía, y que en una de esas, por ignorancia, lo mismo organizaba un estropicio y se nos llevaba a todos por delante.

Y es que las tesis de Baudrillard se comprenden en un país como el vecino, que desde la toma de la Bastilla vive sin excesivos sobresaltos, y aun los que tiene son de signo sustancialmente distinto. Existe, para entendernos, un poder bruto, que mata, tortura y arrasa, basta mirar



ROSA MARIA RODRIGUEZ, nació en Valencia el año 1957, es catedrática de filosofía y escritora. Codirectora de la revista «Laberinto del Pensar», forma parte del consejo de redacción de «Cuadernos de Filosofía y Ciencia» y de la gestora de la «Sociedad de Filosofía del País Valenciano». Actualmente se halla ultimando un estudio sociológico sobre: mujer y diferencia.

Jean Baudrillard: El sociólogo del post capitalismo

a América del Sur o a Oriente Medio; existe por otro lado un poder permisivo instalado en la sociedad postindustrial, postcapitalista, postcrisis, postodo. Este sistema es el que Baudrillard analiza. Es el paso de las «estrategias fatales» a las «estrategias banales», la política deja de ser algo subversivo para convertirse en la única forma de comportamiento. «Cuando todo es política, es el fin de la política como destino, es el comienzo de la política como cultura, y la miseria inmediata de esta cultura política. Miseria porque se ha anulado la estructura dialéctica que el viejo Marx preconizaba; ya no existe la lucha de contrarios, todo es intercambiable, pactable, consensuable, de un plumazo se acaba con la heroicidad

y con el malditismo. El motor de la realidad no es la lucha de lo bueno frente a lo malo, la producción frente a la diferencia, la rapidez frente a la parsimonia..., sino la de una superación constante que anula el estadio anterior y el propio nivel humano del mundo que habitamos. Es lo que se ha venido llamando ley de la entropía. El aumento constante de la información no constituye sino la desinformación total por incapacidad de captar todos los mensajes, el grado mayor de la rapidez lo constituiría la velocidad instantánea, lo que sería una forma de inmovilidad, el aumento indiscriminado de dinero y/o producción no representa una mayor riqueza sin una crisis de inflación/superproducción. El aumento de misiles nu-

cleares anula su poder real ofensivo/defensivo, pues después de instalados los necesarios para la destrucción total ¿en qué medida una docena más, por ejemplo, aumenta el potencial de cualquiera de contrincantes?

Lo que Baudrillard denomina figuras de la «transpolítica» se caracterizan por este crecimiento desmesurado y obscuro, modelo canceroso de la proliferación indiscriminada que tiende a engullir y desdibujar la proporción humana en una vorágine, dentro de la cual nociones como verdad, hombre, poder personal, responsabilidad..., pierden totalmente el sentido y la referencia, pues nos hablan de un mundo ya fenecido, en el que quizá las cosas tuvieron alguna vez el «tempo» y la escala humanas, no de éste, donde los procesos se implican unos a otros, donde todos somos rehenes, donde hace tiempo que los Estados van sustituyendo el tema de la libertad por el de la seguridad nacional.

El terrorismo, la situación política internacional, el socialismo, Dios, Freud, la ironía, la seducción, la venganza cristalográfica y el enigma de la esfinge son parte de los temas y las metáforas con los que el ágil y brillante estilo de Baudrillard traza el horizonte de una situación que constituye el reto inaplazable de la reflexión sociológica de nuestros días.

Angel González, por él mismo

Vean lo que son las cosas

Soy uno de los hombres más saludables que conozco.

He padecido infartos de miocardio, infecciones diversas, bombardeos, tisis, dipsomanía, insomnio, depresiones...

Todavía

sufro mucho de tos.

Y sin embargo

logré sobrevivir, hasta la fecha, semanas y semanas ya remotas, largos años bisiestos, lustros tediosos, inacabables décadas...

Ya he celebrado mis bodas de oro con la vida y, pese a ello, la amo algunas noches.

¿No es eso extraordinario?

Parece que la historia de nuestras relaciones nunca va a tener fin.

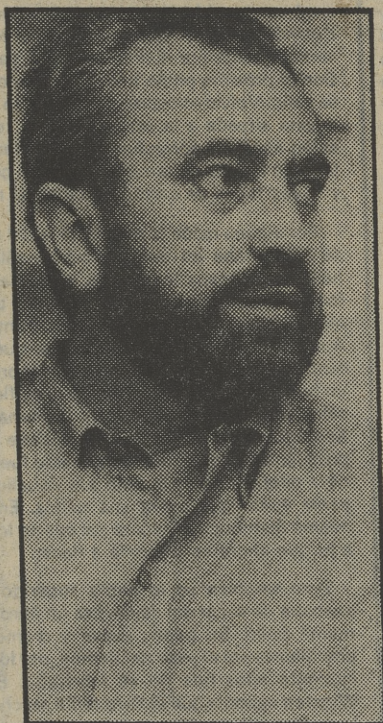
«—¿Cuál es el secreto de tu amor a la vida? me preguntarán los descendientes de los hijos de mis hijos el día que yo cumpla muchos, muchos más años.

Y les responderé:

—A mi modo de ver, todo se debe

a que la vida fue más bien inconstante; me engañó con frecuencia, estuvo a punto de abandonarme varias veces (en una ocasión por un falangista), no cumple mis deseos, cada lunes y cada martes me defrauda los sábados (de su desorden mejor no decir nada).

Si se hubiera portado de otro modo,



quién sabe qué clase de pasado me esperaría ahora.

No quiero ni pensarlo.

Ya me habrían matado los remordimientos, sin nadie a quien culpar.

Angel González, poeta social de la generación del 50, que reside fuera de España desde hace doce años, es uno de los más importantes poetas de la posguerra. Fue nominado para el último premio Príncipe de Asturias, donde quedó empatado a cuatro votos con Juan Rulfo. De su libro «Prosemas o menos», recogemos estos versos.



Encuentro Nacional de Teatro Reyes-84

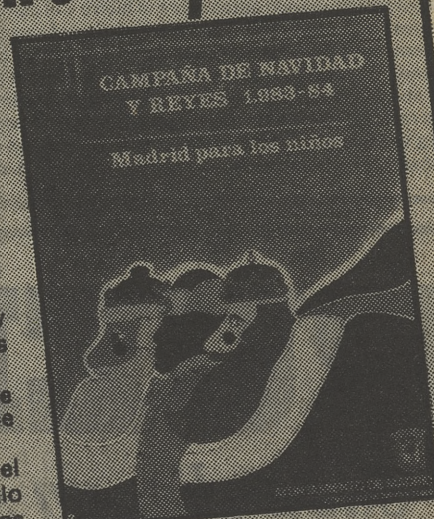
Por primera vez durante las fiestas de Navidad, se va a celebrar un encuentro de teatro de calle y sala a nivel nacional.

El encuentro se inscribe dentro de la pretensión de, por una parte, llenar de colorido y fiesta las plazas más céntricas de Madrid, con espectáculos de calle, y, por otra parte, llegar sobre todo al público infantil y juvenil, tanto con los actos de calle como con la programación de sala que hay prevista. Pretende este encuentro dar a conocer una serie de grupos de teatro y su trabajo, que tiene un carácter arriesgado y experimental, no sólo por su estética, sino por utilizar espacios nuevos y buscar nuevos tipos de relación con el público.

Los diecisiete grupos participantes más las exposiciones fotográficas y conferencias darán una clara muestra del nivel del joven teatro español a los espectadores.

La organización de este encuentro está realizada por el Ayuntamiento de Madrid y la colaboración de Cambaleo de Teatro, a su vez la inestimable colaboración de la sala de A. C. la Bicicleta.

La dirección artística la lleva el grupo Cambaleo de Teatro en el espectáculo especial del día 5 a la espera de la Cabalgata. Este espectáculo tiene por título «Un regalo para Madrid» y trabajarán o colaborarán varios grupos del encuentro.



«1984»

Autor:
George
Orwell

A cinco días de la entrada de 1984, decenas de personas se han puesto a recordar que hay un libro con el título del año próximo. Un libro aterrador que no se puede clasificar como anticipatorio, sino sencillamente como utópico, y que, a pesar de ciertas referencias concretas que parecen indicar una impugnación radical contra el sistema soviético, su profundidad y alcance son infinitamente superiores y, desde luego, no margina en absoluto, contra lo que pudiera creerse, la evolución del mundo capitalista. Es un libro que hay que saber leer. El capítulo que presentamos pertenece a una edición de Destino, fabricada para Discolibro. Esperamos contar con su autorización para esta breve reproducción de orden puramente cultural.

PARTE PRIMERA

Era un día luminoso y frío de abril y los relojes daban las trece. Winston Smith, con la barbilla clavada en el pecho en su esfuerzo por burlar el molestísimo viento, se deslizó rápidamente por entre las puertas de cristal de las Casas de la Victoria, aunque no con la suficiente rapidez para evitar que una ráfaga polvorienta se colara con él.

El vestíbulo olía a legumbres cocidas y a esteras viejas. Al fondo, un cartel de colores, demasiado grande para hallarse en un interior, estaba pegado a la pared. Representaba sólo un enorme rostro de más de un metro de anchura: la cara de un hombre de unos cuarenta y cinco años con un gran bigote negro y facciones hermosas y endurecidas. Winston se dirigió hacia las escaleras. Era inútil intentar subir en el ascensor. No funcionaba con frecuencia y en esta época la corriente se cortaba durante las horas de día. Esto era parte de las restricciones con que se preparaba la Semana del Odio. Winston tenía que subir a un séptimo piso. Con sus treinta y nueve años y una úlcera de varices por encima del tobillo derecho, subió lentamente, descansando varias veces. En cada descansillo, frente a la puerta del ascensor, el cartelón del enorme rostro miraba desde el muro. Era uno de esos dibujos realizados de tal manera que los ojos le siguen a uno a donde quiera que esté. «El gran hermano te vigila», decían las palabras al pie.

Dentro del piso, una voz llena leía una lista de números que tenían algo que ver con la producción de lingotes de hierro. La voz salía de una placa oblonga de metal, una especie de espejo empañado, que formaba parte de la superficie de la pared situada a la derecha. Winston hizo funcionar su regulador y la voz disminuyó de volumen, aunque las palabras seguían distinguiéndose. El instrumento (llamado telepantalla) podía ser amortiguado, pero no había manera de cerrarlo del todo. Winston fue hacia la ventana: una figura pequeña y frágil cuya delgadez resultaba realzada por el «monoc» azul, uniforme del partido. Tenía el cabello muy rubio, una cara sanguínea y la piel embastecida por un jabón malo, las romas hojas de afeitar y el frío de un invierno que acababa de terminar.

Afuera, incluso a través de los ventanales cerrados, el mundo parecía frío. Calle abajo se formaban pequeños torbellinos de viento y polvo; los papeles rotos subían en espirales y, aunque el sol lucía y el cielo estaba intensamente azul, nada parecía tener color, a no ser los carteles pegados por todas partes. La cara de los bigotes negros miraba desde todas las esquinas que dominaban la circulación. En la casa de enfrente había uno de estos cartelones. «El gran hermano te vigila», decían las grandes letras, mientras los sombríos ojos miraban fijamente a los de Winston. En la calle, en línea vertical con aquél, había otro cartel roto por un pico, que flameaba espasmódicamente azotado por el viento, descubriendo y cubriendo alternativamente una sola palabra: INGSOC. A lo lejos, un autogiro pasaba entre los tejados, se quedaba un instante colgado en el aire y luego se lanzaba otra vez en un vuelo curvo. Era de la patrulla de Policía encargada de vigilar a la gente a través de los balcones y ventanas. Sin embargo, las patrullas eran lo de menos. Lo que importaba verdaderamente era la Policía del Pensamiento.

A la espalda de Winston, la voz de la telepantalla seguía murmurando datos sobre el hierro y el cumplimiento del noveno Plan Trienal. La telepantalla recibía y transmitía simultáneamente. Cualquier sonido que hiciera Winston superior a un susurro, era captado por el aparato. Además, mientras permaneciera dentro del radio de visión de la placa de metal, podía ser visto a la vez que oído. Por supuesto, no había manera de saber si la contemplaban a uno en un momento dado.

Lo único posible era figurarse la frecuencia y el plan que empleaba la Policía del Pensamiento para controlar un hilo privado. Incluso se concebía que los vigilaran a todos a la vez. Pero, desde luego, podían intervenir su línea de usted cada vez que se les antojara. Tenía usted que vivir — y en esto el hábito se convertía en un instinto — con la seguridad de que cualquier sonido emitido por usted sería registrado y escuchado por alguien y que, excepto en la oscuridad, todos sus movimientos serían observados.

Winston se mantuvo de espaldas a la telepantalla. Así era más seguro; aunque, como él sabía muy bien, incluso una espalda podía ser reveladora. A un kilómetro de distancia, el Ministerio de la Verdad, donde trabajaba Winston, se elevaba inmenso y blanco sobre el sombrío paisaje. «Esto es Londres» — pensó con una sensación vaga de disgusto —; Londres, principal ciudad de la Franja aérea número 1, que era a su vez la tercera de las provincias más pobladas de Oceanía. Trató de expresarse de la memoria algún recuerdo infantil que dijera si Londres había sido siempre así. ¿Hubo siempre estas vistas de decrepitas casas decimonónicas, con los costados revestidos de madera, las ventanas tapadas con cartón, los techos remendados con planchas de cinc acanalado y trozos sueltos de tapias de antiguos jardines? ¿Y los lugares bombardeados, cuyos restos de yeso y cemento revoloteaban pulverizados en el aire, y el césped amontonado, y los lugares donde las bombas habían abierto claros de mayor extensión y habían surgido en ellos nórdicas colonias de chozas de madera que parecían gallineros? Pero era inútil, no podía recordar: nada le quedaba de su infancia excepto una serie de cuadros brillantemente iluminados y sin fondo, que en su mayoría le resultaban ininteligibles. El Ministerio de la Verdad — que en neolengua (1) se le llamaba el *Miniver* — era diferente, hasta un extremo asombroso, de cualquier otro objeto que se presentara a la vista. Era una enorme estructura piramidal de cemento armado blanco y reluciente, que se elevaba torraza tras torraza, a unos trescientos metros en el aire. Desde donde Winston se hallaba, podían leerse, adheridos sobre su blanca fachada en letras de elegante forma, las tres consignas del Partido:

LA GUERRA ES LA PAZ
LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD
LA IGNORANCIA ES LA FUERZA

Se decía que el Ministerio de la Verdad tenía tres mil habitaciones sobre el nivel del suelo y las correspondientes ramificaciones en el subsuelo.

En Londres sólo había otros tres edificios del mismo aspecto y tamaño. Estos aplastaban de tal manera la arquitectura de los alrededores que desde el techo de las Casas de la Victoria se podían distinguir, a la vez, los cuatro edificios. En ellos estaban instalados los cuatro Ministerios entre los cuales se dividía todo el sistema gubernamental. El Ministerio de la Verdad, que se dedicaba a las noticias, a los espectáculos, la educación y las bellas artes. El Ministerio de la Paz, para los asuntos de guerra. El Ministerio del Amor, encargado de mantener la ley y el orden. Y el Ministerio de la Abundancia, al que correspondían los asuntos económicos. Sus nombres, en neolengua: *Miniver*, *Minipax*, *Minimor* y *Minindancia*.

El Ministerio del Amor era terrorífico. No tenía ventanas en absoluto. Winston nunca había estado dentro del *Minimor*, ni siquiera se había acercado a medio kilómetro de él. Era imposible entrar allí a no ser por un asunto oficial y en ese caso había que pasar

por un laberinto de caminos rodeados de alambre espinoso, puertas de acero y ocultos nidos de ametralladoras. Incluso las calles que conducían a sus salidas extremas estaban muy vigiladas por guardias, con cara de gorila y uniformes negros, armados con porras.

Winston se volvió de pronto. Había adquirido su rostro instantáneamente la expresión de tranquilo optimismo que era prudente llevar al enfrentarse con la telepantalla. Cruzó la habitación hacia la diminuta cocina. Por haber salido del Ministerio a esta hora tuvo que renunciar a almorzar en la cantina y en seguida comprobó que no le quedaban víveres en la cocina a no ser un mendrugo de pan del día, muy oscuro, que debía guardar para el desayuno del día siguiente. Tomó de un estante una botella de un líquido incoloro con una sencilla etiqueta que decía: *Ginebra de la Victoria*. Aquello olía a medicina, algo así como el espíritu de arroz chino. Winston se sirvió una tacita y se lo tragó de un golpe como si se lo hubieran recetado.

Al momento, se le volvió roja la cara y los ojos empezaron a llover. Este líquido era como ácido nítrico; además, al tragarlo se tenía la misma sensación que si le dieran a uno un golpe en la nuca con una porra de goma. Sin embargo, unos segundos después, desapareció la incandescencia del vientre y el mundo empezaba a resultar más alegre. Winston sacó un cigarrillo de una cajetilla sobre la cual se leía: *Cigarrillos de la Victoria*, y como lo tenía cogido verticalmente por distracción se le vació en el suelo. Con el próximo pitillo tuvo ya cuidado y el tabaco no se salió. Volvió al cuarto de estar y se sentó ante una mesita situada a la izquierda de la telepantalla. Del cajón sacó un portaplumas, un tintero y un grueso libro en blanco de tamaño in-cuarto con el lomo rojo y cuyas tapas de cartón imitaban el mármol.

Por alguna razón la telepantalla del cuarto de estar se encontraba en una posición insólita. En vez de hallarse colocada, como era normal, en la pared del fondo, desde donde podría dominar toda la habitación, estaba en la pared más larga, frente a la ventana. A un lado de ella había una alcoba que apenas tenía fondo, en la que se había instalado ahora Winston. Era un hueco que, al ser construido el edificio habría sido calculado, seguramente, para alacena o biblioteca. Sentado en aquel hueco y situándose lo más dentro posible, Winston podía mantenerse fuera del alcance de la telepantalla en cuanto a la visualidad, ya que no podía evitar que oyera sus ruidos. En parte fue la misma distribución insólita del cuarto lo que le indujo a lo que ahora se disponía a hacer.

Pero también se lo había sugerido el libro que acababa de sacar del cajón. Era un libro excepcionalmente bello. Su papel, suave y cremoso, un poco amarillento por el paso del tiempo, por lo menos hacía cuarenta años que no se fabricaba. Sin embargo, Winston suponía que el libro tenía muchos más años. Lo había visto en el escaparate de un establecimiento de compraventa en un barrio miserable de la ciudad (no recordaba exactamente en qué barrio había sido y en el mismísimo instante en que lo vio, sintió un irreprimible deseo de poseerlo. Los miembros del Partido no deben entrar en las tiendas corrientes (a esto se le llamaba, en tono de severa censura, «traficar en el mercado libre»), pero no se acataba rigurosamente esta prohibición porque había varios objetos — como cordones para los zapatos y hojas de afeitar — que era imposible adquirir de otra manera. Winston, antes de entrar en la tienda, había mirado en ambas direcciones de la calle para asegurarse de que no venía nadie y, en pocos minutos, adquirió el libro por dos dólares cincuenta. En aquel momento no

sabía exactamente para qué deseaba el libro. Sinténdose culpable se lo había llevado a su casa, guardado en su cartera de mano. Aunque estuviera en blanco, era comprometido guardar aquel libro.

Lo que ahora se disponía Winston a hacer era abrir su diario. Esto no se consideraba ilegal (en realidad, nada era ilegal, ya que no existían leyes), pero si lo detenían podía estar seguro de que lo condenarían a muerte, o, por lo menos, a veinticinco años de trabajos forzados. Winston puso un plumín en el portaplumas y lo chupó primero para quitarle la grasa. La pluma era ya un instrumento arcaico. Se usaba rarísimas veces, ni siquiera para firmar, pero él se había procurado una, furtivamente y con mucha dificultad, simplemente porque tenía la sensación de que el bello papel cremoso merecía una pluma de verdad en vez de ser rascado con un lápiz tinta. Pero lo malo era que no estaba acostumbrado a escribir a mano. Aparte de las notas muy breves, lo corriente era dictárselo todo al *hablescribe*, totalmente inadecuado para las circunstancias actuales. Mojó la pluma en la tinta y luego dudó unos instantes. En los intestinos se le había producido un ruido que podía delatarle. El acto trascendental, decisivo, era marcar el papel. En una letra pequeña e inabíl escribió:

4 de abril de 1984

Se echó hacia atrás en la silla. Estaba absolutamente desconcertado. Lo primero que no sabía con certeza era si aquel era, de verdad, el año 1984. Desde luego, la fecha había de ser aquella muy aproximadamente, puesto que él había nacido en 1944 o 1945, según creía; pero, «cualquiera va a saber hoy en qué año vive», se decía Winston.

Y se le ocurrió de pronto preguntarse: ¿Para quién estaba escribiendo él este diario? Para el futuro, para los que aún no habían nacido. Su mente se posó durante unos momentos en la fecha que había escrito a la cabecera y luego se le presentó, sobresaltándole terriblemente, la palabra neolingüística *doblepensar*. Por primera vez comprendió la magnitud de lo que se proponía hacer. ¿Cómo iba a comunicar con el futuro? Esto era imposible por su misma naturaleza. Una de dos: o el futuro se parecía al presente y entonces no le haría ningún caso, o sería una cosa distinta y, en tal caso, lo que él dijera carecería de todo sentido para ese futuro.

Durante algún tiempo permaneció contemplando estúpidamente el papel. La telepantalla transmitía ahora estridente música militar. Es curioso: Winston no sólo parecía haber perdido la facultad de expresarse, sino haber olvidado de qué iba a ocuparse. Por espacio de varias semanas se había estado preparando para este momento y no se le había ocurrido pensar que para realizar esa tarea se necesitara algo más que atrevimiento. El hecho mismo de expresarse por escrito, creía él, le sería muy fácil. Sólo tenía que trasladar al papel el interminable e inquieto monólogo que desde hacía muchos años venía corriéndole por la cabeza. Sin embargo, en este momento hasta el monólogo se le había secado. Además, sus varices habían empezado a escocerle insoportablemente. No se atrevía a rascarse porque siempre que lo hacía se le inflamaba aquello. Transcurrían los segundos y él sólo tenía conciencia de la blancura del papel ante sus ojos, el absoluto vacío de esta blancura, el escorzo de la piel sobre el tobillo, el estruendo de la música militar, y una leve sensación de atontamiento producido por la ginebra.

(1) La neolengua era el idioma oficial de Oceanía.

(Continuará)



PUEBLO

Cada día, un suplemento



Mañana, miércoles...



Coordinado
por Manuel F. MOLES